

Imaginar otra globalización

Sara Makowski

Frente a una globalización unívoca, una globalización diversa. Desde el interior del laboratorio de lo cultural, Néstor García Canclini disecciona en *La globalización imaginada* la más reciente de las narrativas de esta modernidad trasnochada. Allí donde la globalización se erige como globalismo, el autor la desdibuja con argumentos críticos, con cifras y datos duros, con ejemplos, con ironía y asombro. La fructífera reflexión que se teje en este libro abre un horizonte amplio de interrogantes para auscultar el proceso globalizador contemporáneo al mismo tiempo que construye las claves para repensar el devenir de América Latina –en interconexión con Europa y Estados Unidos– en el campo de la producción cultural y de las ideas.

Néstor García Canclini:
La globalización imaginada, Paidós,
México, 1999,
238 páginas.

El paisaje de la globalización se encuentra poblado de metáforas que exaltan su rostro homogéneo, unívoco, unilateral, inexorable y de potente penetración: producción y circulación de bienes, mensajes y capitales que parecen no dejar ni un solo intersticio virgen; reordenamiento territorial, económico y político; sintonización de percepciones, estilos de vida y formas de consumo; cimentación masmediática de lo social; flujos, redes y comunidades transnacionales. Pero ni bien se comienza a descender el velo de la sobredeterminación económica, comunicacional y tecnológica, todo un paganismo de desgarramientos, tensiones y fracturas hacen emerger la verdadera condición bifronte del mundo globalizado.

La deconstrucción de las narrativas sobre la globalización que desde el campo de la cultura propone García Canclini, pone en evidencia que en el banquete de la globalización no somos todos iguales. Hay unos pocos que piensan en una globalización circular (financistas, políticos y académicos) y demasiados otros que apenas atinan a imaginar globalizaciones tangenciales. Las fuertes desigualdades en el acceso a la economía y a la cultura global obligan a pensar la segregación y la exclusión como producciones estructurales de la propia globalización. Finalmente, desde muy adentro o desde muy afuera, cada nación, región o grupo tratará de imaginar alguna forma de globalización digerible. Si para la economía está muy claro de qué se trata la globalización, para la cultura es un OCNI: objeto cultural no identificado. Este OCNI está montado sobre un complejo entramado de articulaciones y desarticulaciones de las dimensiones local y global, nacional, regional y supranacional; nada ocurre en un campo u otro, sino en el juego de interrelaciones entre las distintas escalas que conforman el espacio-tiempo del mundo global.

Uno de los aportes centrales de García Canclini en este terreno es incluir en el debate de la globalización el tema de la interculturalidad, y de esa manera hacer aterrizar el OCNI en el campo de las disputas simbólicas e imaginarias de la producción cultural:

¿Cómo pensar una nación que en gran medida está en otra parte? ¿Cómo se forma el imaginario de una ciudad o de un país cuando un alto número de quienes lo habitan no son de aquí, cuando los libros, las películas y los programas de televisión que nos nombran se producen desde observatorios lejanos?

La cultura es, precisamente, una entrada para acercarnos a la complejidad multideterminada de la globalización. Las tensiones interculturales intrínsecas a la globalización rearmen el mapa de las culturas contemporáneas con nuevas coordenadas: diferencia, diversidad, fronteras, migraciones, exilios y diásporas. A lo que tiene de pretendida homogeneidad y velocidad la globalización económica, tecnológica e informacional, la cultura lo tiñe de desgarramientos, memoria e intensidad: las fronteras abiertas al capital, los bienes y los mensajes se vuelven, por ejemplo, muros enormes y macizos hechos de planchas de acero utilizadas para las pistas de aterrizaje durante la guerra del Golfo (frontera México/EEUU) por donde se cuelan historias de desarraigo, de migraciones forzadas y de exilios dolorosos. Esas son las diásporas que se inauguran a la par del único mundo de todos. Al entrar a la globalización por la interculturalidad, el autor trae a la discusión dos temas que son centrales en la agenda de la contemporaneidad: el problema del otro y el debate sobre la ciudadanía. ¿Cómo nombrar al otro cuando éste tiene identidades modulables y diversas, cuando se encuentra culturalmente hibridizado y es imagi-

nariamente fragmentado?; ¿quién es ciudadano de una nación que se proclama de iguales pero que está atravesada por fuertes clivajes de etnia, raza y diferencias culturales? La condición de globalización activa la reflexión sobre estas cuestiones, y si es posible entenderla como la posibilidad de multiplicación y expansión de contactos, interacciones y encuentros con los iguales y con los otros puede acercarnos a horizontes más democráticos de comprensión y gestión de la diferencia.

Una de las ideas que la globalización ha ido erosionando es aquella de la existencia de identidades esencialistas, miopes de la diversidad y sordas de las asintonías. Junto con la globalización llegó la hora de pensar en las políticas culturales de la ciudadanía, lo que para los países metropolitanos y periféricos implica una revisión de los modelos históricos de integración nacional y la consecuente renovación de sus repertorios simbólicos e imaginarios para construir vínculos sociales más incluyentes y tolerantes de las diferencias. En palabras de García Canclini,

Uno de los puntos clave en que se juega el carácter –opresivo o liberador– de la globalización es si nos permite imaginarnos con varias identidades, flexibles, modulares, a veces superpuestas, y que a su vez cree condiciones para que podamos imaginar legítimas y combinables, no solo competitivas o amenazantes, las identidades o, mejor, las culturas de los otros.

Pensar desde la interculturalidad los temas de la otredad y de la ciudadanía conlleva obligadamente a una reconsideración del espacio público. El cambio de escala de lo social que producen las fuerzas globalizadoras, enganchando y desenganchando dimensiones, rearticulan lo público y plantean el desafío, argumenta García Canclini, de construir una esfera pública transnacional en la que la expresión de la diversidad cultural no se vuelva políticamente inconmensurable. Un ajuste de miradas, narrativas y estereotipos del otro y de nosotros parece ineludible para gestionar lo público más allá de reivindicaciones fundamentalistas o de una mera gobernabilidad de las diferencias. Finalmente, una de las claves centrales que propone el autor para imaginar otra forma de globalización alude a la relocalización del sujeto al interior del proceso globalizador. A las fuerzas, mecanismos, organismos, empresas y sedes de la globalización hay que agregarle el soporte humano. Dice García Canclini, «los consumidores podemos expandir el lado activo de nuestros comportamientos hasta llegar a reinventar la manera de ser ciudadanos». Los actores que tienen que vivir en estos tiempos globalizados son los únicos con potencialidades para inyectar a los flujos y circuitos iniciativas sociales, para incluir en el *stock* de narrativas viables posibilidades de mayor apertura e indeterminación que vayan un poco más allá del fatalismo y conformismo con los que se ve pasar al globalismo rampante.